



SIMPOSIO di CATECHETICA

La dimensione educativa della catechesi

Università Pontificia Salesiana, Aula Don J.E. Vecchi, 8-9 novembre 2024

1.1. Uno sguardo storico retrospettivo. Guardando alla storia della catechesi antica, medioevale e moderna

Luis Resines

Luis Resines nació en Valladolid en 1943. Cursó estudios eclesiásticos en Valladolid y Salamanca, obteniendo el doctorado en Teología en la Universidad Pontificia; completó dichos estudios con la especialización en Catequética en el Instituto Superior de Pastoral, de Madrid. Ordenado en 1967, ha ejercido diversos ministerios en su diócesis vallisoletana. Impartió las asignaturas de Pastoral y Catequética en el Estudio Teológico Agustiniiano, de Valladolid. Ha desempeñado la docencia como profesor de Religión en varios Institutos de Enseñanza Secundaria.

Entre sus obras están: *Catecismos de Astete y Ripalda. Edición crítica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1987; *Catecismos americanos del siglo XVI*, Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, Salamanca 1992; *El catecismo de Valladolid de 1322*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid 2022; *La catequesis en España. Historia y textos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997; *Diccionario de los catecismos pictográficos*, Diputación de Valladolid, Valladolid 2007; *La catedral de papel. historia de las cartillas de Valladolid*, Diputación de Valladolid, Valladolid 2007.

Dimensión educativa de la catequesis.

1. Catequesis antigua

Señalo dos momentos, conectados entre sí. El primero es el de los testigos, que dan fe de su creencia con palabras y hechos, que convencen. Muchos y desconocidos testigos, que desde los inicios, en diversos lugares y lenguas expresan su fe:

«Se ven cardadores de lana, zapateros, gentes ignorantes y desprovistas de educación que, ante maestros de experiencia se guardan de hablar, pero que en privado hablan de maravillas a los niños de la casa o las mujeres. Ellos solos saben cómo se debe vivir...; los que desean saber la verdad... vienen a la tienda del zapatero o a la botica del farmacéutico para aprender allí la vida perfecta». (Orígenes, *Contra Celso*, 3, 55: Sources Chrétiennes 136, 129-131). (s. III)

Estos catequistas anónimos han estado y siguen estando presentes en la Iglesia. No hay forma de rastrear a estos catequistas que han transmitido su fe en el trabajo, la familia, los vecinos. Su

empeño era hacer hombres útiles, personas valiosas, cristianos sinceros. Pensemos en los orígenes de nuestra propia fe personal. Hay un riesgo de olvidar a estos catequistas, discretos, callados, ofuscados por otros, cuyos nombres suenan más.

El segundo momento es el de los catequistas “teólogos” que aportan sabiduría, razones, exactitud, precisión, luz, con sus escritos. Organizaron cómo transmitir la fe, y surgió el catecumenado oriental y occidental. Los grandes maestros son conocidos: muestran la fe y la depuran de adherencias paganas o erróneas, la defienden de acusaciones infundadas. Sus valiosas obras son conocidas, su pasión por ser fieles a Dios, y conducir al catecúmeno a la fe plena: Orígenes, Cirilo de Jerusalén, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín.

En los primeros siglos, los cristianos lo son por decisión, no por herencia. Ser cristiano en época de persecución era arriesgado, con una decisión y un compromiso. Al finalizar las persecuciones uno es cristiano ¿por moda, convencimiento, imperativo social, utilidad...? (S. Jerónimo).

2. Catequesis medieval

El paso de la antigüedad al medievo está dominado por la inercia ambiental. La sociedad es cristiana y los últimos reductos de paganismo han desaparecido. Cada uno es cristiano por nacimiento. Ser cristiano ya no es fruto de una decisión personal sino algo general, comunitario; a la vez es algo ignorado porque a nadie se exige explicar la fe común. El analfabetismo es común: hay papas analfabetos, obispos y curas, y ¿el pueblo de Dios...? Pero en esa época, analfabeto no es igual que inculto, ni es sinónimo de no creyente. Cosa distinta es la ignorancia de quien debe saber y no sabe, quien debe enseñar y no lo hace.

Surgen con frecuencia deseos de mejora: se urgen cartillas y tablas en los templos a la vista de todos (función limitada), sanciones económicas para quien no sepa las oraciones, penas de cárcel, catecismos sinodales en distintos momentos. La ignorancia es generalizada: hay un plazo de tres meses (sep-nov 1327) para que los curas aprendan de memoria lo que han de enseñar. Hay reflexión, deseos de mejora; un ejemplo: el de concilio de Valladolid (1322), que elaboró un catecismo sencillo (luego retocado) que influyó durante 150 años en España. Como en la antigüedad, algunos autores elevan el nivel general: Alcuino, Jean de Orléans, Honorio de Autun, Hugo de san Víctor, Tomás de Aquino, Jean Gerson. Pinturas, esculturas, son enseñanzas a la vista de todos; las *bibliae pauperum* nunca estuvieron al alcance del pueblo.

Elementos negativos en la revitalización cristiana pueden ser: el peligro del islam; los dos cismas y el descrédito correspondiente, cuando no las hostilidades: Grecia (1054), y Avignon (1378). Elemento positivo fue la evangelización hacia el norte y este de Europa: Irlanda, Hungría, Finlandia,... Se consolidan y repiten los formularios (numéricos) para repetir de memoria, pero sin entender. Se mantienen síntesis medievales: “versos” latinos para la memoria, (“In tabulis binis / lex est depicta petrinis”).

Aparecen los santos mediadores, encargados de una u otra enfermedad o calamidad; Dios queda demasiado lejos. Se estimula la pasión por las reliquias: ingresos para los eclesiásticos; para los fieles, objetos mágicos que permiten ver y tocar un aura de santidad: caja de las reliquias de León y Oviedo. Es una fe que se aleja del evangelio seducida por lo concreto, lo palpable, lo mágico. Se potencian las peregrinaciones: Roma, Jerusalén, Santiago. La iglesia se aferra al uso del latín, aunque el pueblo no lo entiende.

Un singular testigo: Ramón Llull, seglar, quien escribe su *Doctrina pueril* para la educación humana, cívica y cristiana de su propio hijo. Surgen catecismos medievales para la predicación, con breves síntesis para memorizar. Se repiten tradiciones que resultan “prácticas”, aunque no tengan base real (credo hecho por apóstoles).

3. Edad moderna, Renacimiento.

La imprenta es factor determinante para la cultura general y religiosa. Surge una nueva mentalidad: frente a la ignorancia se opone el Renacimiento; frente al saber por repetición, saber y conocer su propia fe. Brota el deseo humanista de formar al hombre completo: leer, escribir, formas sociales, educación cívica, recuperación de la cultura antigua, clásica; frente a las razones de escuela teológica, el deseo de volver a las fuentes, a la biblia. Todo ello se plasma en el deseo de una fe personal.

Hay una herencia del medievo en el aprendizaje de memoria, en la ignorancia extendida, que no se vence solo a la vista de la letra impresa, pero las nuevas oportunidades y nueva mentalidad apuntan otro panorama. Se pretende superar la herencia medieval, al pasar de repetir a entender lo creído. Pero los catecismos conservan una gran reserva de elementos destinados a la repetición de memoria: bienaventuranzas, frutos del Espíritu Santo, sentidos corporales,... que se perpetúan.

Desde el medievo, existían catecismos en lengua lugar, con las oraciones en latín. Se mantiene esta misma tendencia. La excepción la marcan los jesuitas, pues lo culto era escribir en latín. Canisio publicó en latín para los alumnos de los gimnasios. Pero pronto fue traducido; y Astete pidió autorización en latín para publicar (1576) y le respondieron: “Non expedit ut in lingua vulgari imprimantur libri ex nostris”; y luego publicó en español. Trento publicó en latín para los curas; ¿lo sabían todos?

En el Renacimiento existen nuevos retos que exigen nuevas respuestas: el descubrimiento de América, la Reforma, el peligro turco, el concilio de Trento.

Surge una multitud de catecismos: “Parece como si todo el mundo tuviera prisa y necesidad de escribir uno, como si buscara un hueco en la multitud de catecismos que resultarían célebres”. La preocupación por vencer la ignorancia provoca el interés de suscitar medios y personas capaces. En los diversos países de Europa, en el XVI, aparecen más de 400 catecismos para presentar la fe. Son diversos libros y enfoques de la fe, con el elemento común de educar al hombre y al cristiano.

Destaco algunos:

- Cartillas. Sencillas, baratas, abundantes, para enseñar a leer, y la doctrina cristiana elemental, repetitiva. La difusión de la escritura-lectura va en paralelo con el conocimiento de la fe. Se editaron miles de cartillas y con ellas miles de personas aprendieron a leer. La más célebre, la de Valladolid (1583), con 70 millones de ejemplares, durante 260 años. El aprendizaje de la lectura lo he apreciado en cartillas italianas, portuguesas y españolas; pero no en las alemanas; ¿sabían leer todos cuando Lutero publica en 1529?

- Más de 100 catecismos para llevar a fe a América (y Filipinas), traducidos en varias lenguas, manuscritos, impresos, bilingües, con pictogramas, grabados: transmiten lo mismo que se enseñaba en Europa. Se plantearon importantes cuestiones: si eran hombres, y si podían ser sometidos. El esfuerzo cultural fue impresionante, para transmitir la fe; generó la necesidad de aprender y conocer las lenguas indígenas, alfabetizarlas, conservarlas (etnología), realizar tipos

de imprenta no europeos para imprimir en algunas lenguas. Pero mucho más importante fue penetrar su cultura, para acertar a expresar la fe cristiana con sus esquemas culturales.

- Lutero. Se dice que fue el primero en usar la palabra “Catecismo”. Antes, en 1527, Althamer publicó *Katechismus in Frage und Antwort*. Y en 1504, Diego Ortiz publicó en Lisboa *Catechismo pequeno de doctrina e instruçam*. Lutero sabía de numerosos esfuerzos catequéticos de alemanes antes de publicar los suyos. El sistema de preguntas / respuestas, el diálogo, ya existía desde el primer cuarto de siglo. Lo original y valioso de Lutero en verdad es que se dirige al lector en diálogo directo, vivo, que suscita interés (*Kleiner Katechismus*), penetra en las familias y estimula la formación, con interpelaciones y estímulos personales que lo hacen mucho más rico. El *Grosser Katechismus* para los párrocos no tiene diálogo sino exposición, aunque viva y directa.

- Calvino. Autor de tres catecismos: *Catéchisme*, sencillo, para todos. El segundo, *Instruction et confession de foy*, para organizar la iglesia de Ginebra; es instrumento de explicación de nivel y contenido superior, deficiente en pedagogía; el tercero, la *Institution de la religion chrétienne*, obra máxima constantemente corregida, recoge sus planteamientos; no es tolerante. Calvino señaló elementos pedagógicos, pero no acertó: 1º, señala lecciones del *Catéchisme* para cada domingo en 55 semanas, pero sólo hay 52 al año; 2º, rompe el diálogo, pone la pregunta para un día y la respuesta para el siguiente.

- Bartolomé Carranza. Escribió su *Catecismo* a petición del sínodo inglés de 1555; publicado en Amberes (1558). Fue secuestrado por la Inquisición española, y, por contra, recomendado por la Comisión del Índice de Trento. Desvela las doctrinas erróneas. Tiene gran presencia de la biblia y la patrística. La Inquisición señaló 141 proposiciones sospechosas, casi todas luteranas. El libro fue condenado y el autor declarado sospechoso de herejía. Estuvo prisionero 16 años y murió 16 días después de ser sentenciado. Hoy, rehabilitado.

- *Catecismo ad parochos* (1566). Fue elaborado para superar la ignorancia de los párrocos. Evita la polémica y las tendencias de escuela. Expone la fe católica, sin señalar diferencias con reformados. Abunda en biblia y patrística. Fundamentado en los catecismos de Carranza, Gropper, Náusea y Canisio. El prólogo (n. 12) indica un ejemplo para usarlo en catequesis y predicación; las ediciones de Burdeos 1578, y de Lyon 1588 añadieron el *Index evangeliorum*, con la materia para cada domingo. Fue traducido, por indicación o mandato del papa al italiano, francés, alemán y polaco; pero no al español (tardó dos siglos, 1777).

- Castellino di Castello. Su *Interrogatorio del maestro al discipulo...* fue texto para la Compagnia delli Servi de' Poveri, para enseñar a leer, y la doctrina en forma breve, para después aprender a escribir. Durante años tuvo gran difusión en Italia, sobre todo como base sobre la que se construyeron numerosos catecismos diocesanos.

- Pedro Canisio. Publicó, a ruegos de Fernando I de Austria, la *Summa Doctrinae Christianae* (1555); después el *Catechismus minimus* (1556), y el *Parvus catechismus catholicorum*. La *Summa* fue propuesta, no aceptada, para catecismo oficial del concilio de Trento. Es antiprotestante, aunque no menciona las doctrinas que rechaza. Todos fueron traducidos en varias lenguas, todos tuvieron gran difusión, sobre todo en las misiones.

- Gaspar Astete. Escribió dos catecismos postridentinos, el primero más sencillo y el otro más antiprotestante, que se difundió con el nombre de Jerónimo de Ripalda. Ambos estuvieron en vigor, con cambios, durante 350 años.

- Roberto Bellarmino. Compuso dos (tres) catecismos: *Dottrina christiana breve* (1597), *Dichiarazione più copiosa* (1598), (y *Dichiarazione del simbolo* (1604). Con la bendición de Clemente VIII se difundieron multitud de ediciones. El primero, sencillo, dialogado (pregunta el

maestro), responde a las necesidades de personas sencillas. El segundo, dialogado a la inversa, tiene respuestas amplísimas. El papa lo señaló como texto para los Estados Pontificios y lo recomendó para el resto de la Iglesia. Fue modificado, adoptado, en muchas diócesis italianas, y traducido como libro “oficial” de Propaganda Fide. Con él se pretendía la uniformidad doctrinal. Fue propuesto, pero no aceptado, como base del proyecto de catecismo único del Vaticano I.

- Laurence Vaux. Tras la reforma anglicana, publicó en inglés *A Catechisme or Christian Doctrine necessarie for Children and Ignorante People*, católico (Lovaina, 1567), breve, similar a otros catecismos básicos contemporáneos. Su autor fue detenido y murió en prisión.

En los catecismos aparece la mentalidad humanista de formar al hombre con la mayor perfección posible; y formar al cristiano con los mejores conocimientos. Es común lamentar la ignorancia religiosa, pero solo algunos señalan a sus adversarios de otra confesión, con cierto desprecio. Cuando se refieren a los adversarios, no hay comprensión: “haec pestis” (Trento); “que se vayan con el papa” (quienes no aprenden) (Lutero); “los engrasadores” (Calvino); “herejes” (Carranza). No fueron tiempos fáciles. La mayor parte presentan su enseñanza, sin hacer referencia a los adversarios.

Hoy se están estudiando unas fronteras permeables, por la influencia directa o indirecta de unos cristianos sobre otros. Los catecismos de los principales autores se tradujeron a varias lenguas, muestra del interés (¿expansivo, defensivo?) de difundir sus puntos de vista.

Los catecismos breves eran peores (en explicaciones, en calidad de formación), que los amplios; pero tuvieron mucho más éxito. Trento con un catecismo amplio hizo lo mismo que criticaba, y no acertó con uno sencillo para difusión amplia, aunque se había pedido. Tampoco Carranza acertó.

El recurso a la Biblia. Católicos y reformados citaron mucho la biblia; los reformados, hasta con exceso, como una manera de acentuar la importancia de la palabra; pero los catecismos católicos breves posteriores a Trento la silenciaron. Por el deseo de simplificar y abreviar, no la citaron y se produjo un penoso desplazamiento: de la autoridad de la palabra de Dios, fundante, se pasa a la autoridad del catecismo, inapelable. La Palabra de Dios es insensiblemente sustituida por la voz de la Iglesia, de manera sutil, no violenta, como si una y otra fueran idénticas, equivalentes. Es muy grave que “la Palabra ceda paso al Catecismo”.

Ofrecer al discípulo la respuesta, para ser aprendida, repetida, daba al autor la seguridad de la exactitud de lo expresado; el discípulo repetía afirmaciones precisas, rigurosas, aunque no siempre entendidas. Además, el sistema hacía repetir al discípulo la respuesta a algo que no había preguntado. El diálogo puede ser más o menos fluido con espontaneidad, o, al contrario, dirigido con una intención precisa. La adaptación a la persona (señalada como principio pedagógico, catequético) no siempre es compatible con la exactitud doctrinal. Y, ¿qué hacer en caso de conflicto?, ¿cuál de los dos términos prevalece?

Por otro lado, en didáctica es más válido que pregunte el discípulo lo que no sabe y quiere saber, y que responda el maestro. Pero en ocasiones el maestro expone respuestas de 4 y 5 páginas, lo que demuestra que el diálogo se había transformado en monólogo expositivo.

3. Edad moderna. Ilustración.

El gran esfuerzo realizado en catequesis en el Renacimiento provocó una inercia para aprovechar lo que se había llevado a cabo. El influjo de Trento fue enorme, pues todo estaba definido, resuelto y ordenado. Los decretos doctrinales y disciplinarios marcaban la enseñanza y la acción. La indicación del *Catechismus* de adaptar la enseñanza al nivel y capacidad de los destinatarios fue deseada, pero poco cumplida, y se impuso la presentación de la fe completa y exacta. Se llevó a primer plano la predicación dominical, que debían realizar unos curas aún no formados. Estos se limitaron a presentar, por la lectura, lo que ellos mismos aún no sabían.

Aparecieron soluciones falsas: 1ª) en 1564, dos años antes de Trento, Bartolomé de los Mártires, obispo de Braga (Portugal), hizo un catecismo con una segunda parte, “Collaciones”: lo que los curas debían predicar, leyendo lo escrito. 2ª) Después (1578 y 1588) aparecieron las ediciones del *Catecismo romano* que señalaban los fragmentos para la lectura parroquial del domingo. Con ello se cumplía la obligación. 3ª) A mitad del siglo XVII (1640), J. E. Nieremberg escribió *Práctica del catecismo romano*, con el que los curas sólo tenían que leer lo escrito. Pero lo que publicó era la *Dottrina più copiosa* de Bellarmino modificada. Para ser cura era suficiente saber leer.

Otro remedio más eficaz pero más lento fue la creación de seminarios, y la exigencia de preparación para acceder al sacerdocio. Lentamente subió el nivel de preparación de sacerdotes y fieles.

El mayor número de escuelas permitió que el índice cultural se elevase; el acceso a los libros cada vez era mayor; la catequesis o la escuela coinciden en formar a la persona, aprender a leer, escribir, cálculo, obligaciones morales y cívicas,... condujeron a hacer “un buen cristiano”. Las enseñanzas social y cristiana van unidas. Más adelante se concretarán en “un buen ciudadano”.

La influencia de los jesuitas se dejó sentir en las capas más altas de la sociedad, con gran aceptación como asesor espiritual o confesor. En la misma época, otros se dedicaron con preferencia a las capas más bajas. calasancios o escolapios en España, y en Italia, César de Bus y los Doctrinarios, y en Francia, Vincent de Paul y Louise de Marillac, que se dirigieron a las mujeres del campo, aunque ellas mismas apenas sabían leer (y precisa que no destacaran mucho para evitar una ruptura entre las Hijas de la Caridad, entre las preparadas y las no preparadas).

La aparición y expansión del jansenismo, sobre todo en Francia, con su enseñanza de la fuerza de la gracia que disminuía (y anulaba) la libertad humana, se hizo presente en los catecismos, en la enseñanza sobre Dios trascendente en su acción con el hombre, en su salvación. Apareció un rigidismo moral sobre las condiciones para ser cristiano, para recibir sacramentos, para depurar la conciencia. Se buscaba la perfección máxima.

Los catecismos sencillos se completaron con más y más información, a fin de que no faltase nada que un cristiano bien formado debiera conocer: la formación sencilla de los menos capaces se complicó mucho, y el deseo de perfección doctrinal y moral contribuyó a que apareciesen catecismos complejos, o que se modificasen los anteriores, como pequeñas “sumas teológicas”. En algún caso lo que se añadió para perfeccionar una presentación sencilla de la fe fue casi el doble de lo que suponía el catecismo que se quería mejorar. La iglesia se presentaba como una realización querida por Dios, que ofrecía la fe segura, que vencía la herejía, que garantizaba la salvación, sin fisuras. Con frecuencia, en la definición de Iglesia no aparece ni Dios ni Jesús, sino un sistema institucional cerrado, definido. En consecuencia, la voz de la Iglesia (lo escrito en los catecismos) es la voz de Dios.

Como reacción a la catequesis doctrinal, hubo una nueva forma de catequesis, con C. Fleury, *Catéchisme historique*, que presentaba la narración bíblica como hechos que reflejaban el poder divino (“mirabilia Dei”, según s. Agustín). Pero los hechos, “facta”, exigen la vinculación con la

doctrina tradicional, indispensable. Esto determinó un deslumbramiento por todo lo francés, como equivalente a perfecto.

En Francia e Italia surgieron numerosos catecismos episcopales, diocesanos, a veces con vida efímera, vinculada al obispo que lo escribió. En el caso del catecismo de J. B. Bossuet (1687), que sigue en parte a Fleury, se ofrecía como un notable avance incluir, graduados, tres catecismos progresivos. Algo semejante hizo en Italia Michele Casati con sus catecismos cíclicos.

La aparición constante de catecismos, la utilización de los diocesanos, la traducción de los que parecían más acomodados al pueblo, más completos en su enseñanza, más perfectos en sus conceptos precisos, hizo que paulatinamente se perdiera de vista el *Catechismus ad parochos*.